

## LA RECTA CONCEPCION CRISTIANA DE LA LIBERACION

Libertad, ¿en qué sentido?; liberación, ¿de quién, de qué condicionamiento?, ¿de qué esclavitud? Es un "volver a encontrarse" en Cristo, que es "el camino, la verdad y la vida".

«... vosotros sois particularmente sensibles al gran problema de la «libertad», de la «liberación». Pero nos preguntamos vosotros y yo: «libertad», ¿en qué sentido?; «liberación», ¿de quién, de qué, de cuál condicionamiento, de cuál esclavitud?»

«Evangelizar significa hacer todo lo posible, según nuestras capacidades, para que el hombre «crea», para que el hombre se vuelva a encontrar a sí mismo en Cristo, para que en El encuentre el sentido pleno y la dimensión justa de la propia vida. Este «volver a encontrarse» es, al mismo tiempo, la fuente más profunda de la liberación del hombre. «Para que gocemos de libertad, Cristo nos ha hecho libres», nos dice San Pablo (Gál 5, 1). Ciertamente, la liberación es una realidad de fe, inserta profundamente en la misión salvífica de Cristo, en su obra, en sus enseñanzas.»

«El mismo Jesús vincula la «liberación» al conocimiento de la verdad: «Conoceréis la verdad, y la verdad os librará» (Jn 8, 32). En esta afirmación se halla la significación íntima de la libertad que Cristo nos da. La liberación es una transformación interior del hombre, en cuanto consecuencia dimanante del conocimiento de la verdad; se trata de un proceso espiritual de maduración, mediante el cual el hombre se convierte en representante y portavoz de la «justicia y santidad verdaderas» (Ef 4, 24) en los distintos niveles de la vida personal, individual y social. Pero esta verdad no es la simple verdad de carácter científico o histórico; es Cristo mismo —Palabra del Padre encarnada—, que puede decir de Sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Por ello, durante su vida terrena, Jesús se opuso reiteradamente y con fuerza, con firmeza y decisión, a la «no verdad»; si bien era consciente de lo que le esperaba.»

»Este servicio a la verdad, participación en el servicio profético de Cristo, es tarea de la Iglesia, y procura cumplirla en los diferentes contextos históricos. Hay que denominar claramente por su nombre a la injusticia, a la explotación del hombre por el hombre, a la explotación del hombre por el Estado o por organismos encuadrados en los sistemas o regímenes. Hay que llamar por su nombre a todas las injusticias sociales, a toda discriminación, a toda violencia contra el hombre, sea en el cuerpo o en el espíritu, en la conciencia o en la dignidad de su persona o de su vida.

»La liberación arranca, incluso en su significación social, del conocimiento y proclamación audaz de la verdad, sin manipulaciones ni falsificaciones de ninguna clase.

»Jóvenes y muchachos: Estad intensamente unidos siempre también vosotros a Cristo-Verdad; sed testimonios de la Verdad que es El mismo y su mensaje, frágil y fuerte al mismo tiempo, confiado al hombre. ¿Recordáis la meditación llena de luz de Pascal sobre el hombre? «El hombre es sólo una caña, la caña más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No hace falta que llegue a armarse el universo entero para aplastarlo; un vapor, una gota de agua, bastan para matarlo. Pero aun en el caso de que el universo lo aplastara, el hombre seguiría siendo más noble que aquello que le había producido la muerte, porque sabe que debe morir y conoce la superioridad del universo sobre él; pero el universo no sabe nada» (B. Pascal, Pensamientos, 347).

»Pues bien, esta caña frágil, precisamente porque «piensa», se supeira a sí misma; lleva dentro de sí el misterio trascendental y la «inquietud creadora» que de aquél dimana. Y, sin embargo, justamente en estos tiempos se anuncia que la premisa de la «liberación del hombre» sería su liberación «de Cristo», de su mensaje, de su ley de amor; es decir, de la religión, a la que se califica de «alienación del hombre».

»Queridísimos: Cristo os espera para liberaros del mal, del pecado, del error, o sea, de las verdaderas raíces de las que brotan las miserias que degradan y envilecen al hombre. Sed siempre profetas y testigos de la verdad.»

JUAN PABLO II: Allocución a los jóvenes en la Basílica Vaticana, 21 de febrero de 1979, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año XI, núm. 8 (530). Domingo 25 de febrero de 1979.

La verdad que viene de Dios trae consigo el principio de la auténtica liberación. De su conocimiento vivo depende el vigor de la fe. Este es el único evangelio que ha plasmado lo mejor de los valores de nuestros pueblos.

«... como Pastores tenéis la viva conciencia de que vuestro deber principal es el de ser maestros de la verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32); esa verdad que es la única en ofrecer una base sólida para una «praxis» adecuada.

»Vigilar por la pureza de la doctrina, base en la edificación de la comunidad cristiana es, pues, junto con el anuncio del Evangelio, el deber primero e insustituible del Pastor, del Maestro de la fe.

»De vosotros, Pastores, los fieles de vuestros países esperan y reclaman, ante todo, una cuidadosa y celosa transmisión de la verdad sobre Jesucristo. Esta se encuentra en el centro de la evangelización y constituye su contenido esencial: «No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios» (ib., 22).

»Del conocimiento vivo de esta verdad dependerá el vigor de la fe de millones de hombres. Dependerá también el valor de su adhesión a la Iglesia y de su presencia activa de cristianos en el mundo. De este conocimiento derivarán opciones, valores, actitudes y comportamientos capaces de orientar y definir nuestra vida cristiana, y de crear hombres nuevos y luego una humanidad nueva por la conversión de la conciencia individual y social.»

«Hemos, pues, de confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida, vivida, como lo confesó Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16).

»Esta es la Buena Noticia, en un cierto sentido única: la Iglesia vive por ella y para ella, así como saca de ella todo lo que tiene para ofrecer a los hombres, sin distinción alguna de nación, cultura, raza, tiempo, edad o condición. Por eso, «desde esa confesión (de Pedro), la historia de la salvación sagrada y del Pueblo de Dios debía adquirir una nueva dimensión» (homilía de Juan Pablo II en el comienzo solemne del pontificado, 22 de octubre de 1978).

»Este es el único Evangelio, y «aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto..., ¡sea anatema!», como escribía con palabras bien claras el Apóstol (Gál 1, 6).»

«Es ésta la fe que ha informado vuestra historia y ha plasmado

"lo mejor de los valores de vuestros pueblos y tendrá que seguir ani-  
"mando, con todas las energías, el dinamismo de su futuro. Es ésta  
"la fe que revela la vocación de concordia y unidad que ha de deste-  
"rrar los peligros de guerras en este continente de esperanza, en el  
"que la Iglesia ha sido tan potente factor de integración. Esta fe, en  
"fin, que con tanta vitalidad y de tan variados modos expresan los  
"fieles de América Latina a través de la religiosidad o piedad popular.

»Desde esta fe en Cristo, desde el seno de la Iglesia, somos capa-  
"ces de servir al hombre, a nuestros pueblos, de penetrar con el Evan-  
"gelio su cultura, transformar los corazones, humanizar sistemas y  
"estructuras.

»Cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación  
"de la integridad del misterio de Jesucristo que se aparte de la fe de  
"la Iglesia, no puede ser contenido válido de la evangelización. «Hoy,  
"bajo el pretexto de una piedad que es falsa, bajo la apariencia enga-  
"ñosa de una predicación evangélica, se intenta negar al Señor Jesús»,  
"escribía un gran obispo en medio de las duras crisis del siglo IV.  
"Y agregaba: «Yo digo la verdad, para que sea conocida de todos  
"la causa de la desorientación que sufrimos. No puedo callarme» (San  
"Hilario de Poitiers, Ad Ausentium, 1-4). Tampoco vosotros, obis-  
"pos de hoy, cuando estas confusiones se dieran, podéis callar.»

JUAN PABLO II: Alocución en la apertura  
de las sesiones de la III Conferencia General  
del Episcopado Latinoamericano en el semi-  
nario palafoxiano de Puebla de los Angeles,  
L'Osservatore Romano. Edición semanal en  
lengua española. Año XI, núm. 5 (527). Do-  
mingo 4 de febrero de 1979.

¿Qué es evangelizar? Cristo mismo vincula el modo particular  
de liberación con el conocimiento de la verdad. Liberación  
significa transformación interior del hombre consecuente al  
conocimiento de la verdad.

«Evangelizar quiere decir hacer presente a Cristo en la vida del  
"hombre en cuanto persona, y al mismo tiempo en la vida de la so-  
"ciedad. Evangelizar quiere decir hacer todo lo posible, según nuestra  
"capacidad, para que el hombre «crea»; para que el hombre se des-  
"cubra a sí mismo en Cristo, para que descubra en El el sentido y la  
"dimensión adecuada de la propia vida. Este descubrimiento es, al  
"mismo tiempo, la fuente más profunda de la liberación del hombre.  
"San Pablo lo expresa cuando escribe: «Para que gocemos de liber-

"dad, Cristo nos ha hecho libres» (Gál 5, 1). Así, entonces, la liberación es, ciertamente, una realidad de fe, uno de los temas bíblicos fundamentales, inscritos profundamente en la misión salvífica de Cristo, en la obra de redención, en su enseñanza. Este tema nunca ha cesado de constituir el contenido de la vida espiritual de los cristianos.»

«Cristo mismo vincula de modo particular la liberación con el conocimiento de la verdad: «Conoceréis la verdad, y la verdad os liberará» (Jn 8, 32). Esta frase atestigua, sobre todo, el significado íntimo de la libertad por la que Cristo nos libera. Liberación significa transformación interior del hombre, que es consecuencia del conocimiento de la verdad. La transformación es, pues, un proceso espiritual en el que el hombre madura «en justicia y santidad verdaderas» (Ef 4, 24). El hombre así maduro, internamente, viene a ser representante y portavoz de tal «justicia y santidad verdaderas» en los diversos ámbitos de la vida social. La verdad tiene importancia no sólo para el crecimiento de la sabiduría humana, profundizando de este modo la vida interior del hombre; la verdad tiene también un significado y una fuerza profética. Ella constituye el contenido del testimonio y exige un testimonio. Encontramos esta fuerza profética de la verdad en la enseñanza de Cristo. Como Profeta, como testigo de la verdad, Cristo se opone repetidamente a la no-verdad; lo hace con gran fuerza y decisión, y frecuentemente no duda en condenar lo falso. Volvamos a leer cuidadosamente el Evangelio; allí encontraremos no pocas expresiones severas, por ejemplo, «sepulcros blanqueados» (Mt 23, 27), «guías ciegos» (ib., 23, 16), «hipócritas» (ib., 23, 13, 15, 23, 25, 27, 29), que Cristo pronuncia, consciente de las consecuencias que le esperan.

»Por lo tanto, este servicio a la verdad, como participación en el servicio profético de Cristo, es un deber de la Iglesia, que trata de cumplirlo en diversos contextos históricos. Es necesario llamar por su propio nombre a la injusticia, a la explotación del hombre sobre el hombre, o bien, a la explotación del hombre por parte del Estado, de las instituciones, de los mecanismos de sistemas y regímenes que actúan algunas veces sin sensibilidad. Es necesario llamar por su nombre a toda injusticia social, discriminación, violencia infligida al hombre contra el cuerpo o el espíritu, contra su conciencia y sus convicciones. Cristo nos enseña una sensibilidad particular hacia el hombre, hacia la dignidad de la persona humana, hacia la vida humana, hacia el espíritu y el cuerpo humano. Esta sensibilidad da testimonio del conocimiento de aquella «verdad que nos hace libres»

*"(Jn 8, 32). No está permitido al hombre ocultar esta verdad ante  
"si mismo. No le está permitido «falsificarla». No le está permitido  
"hacer de esta verdad un objeto de «subasta». Es necesario hablar  
"de ella de modo claro y sencillo. Y no para «condenar» a los hom-  
"bres, sino para servir a la causa del hombre. La liberación, también  
"en el sentido social, comienza por el conocimiento de la verdad.»*

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 21 de febrero de 1979, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año XI, núm. 8 (530). Domingo 25 de febrero de 1979.

**La recta concepción cristiana de la liberación en su sentido integral que empuja con la energía de la caridad a la comunión en cuya plenitud hallamos al Señor.**

*«Hay que alentar los compromisos pastorales en este campo con  
"una recta concepción cristiana de la liberación. La Iglesia siente el  
"deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, el  
"deber de ayudar a que se consolide esta liberación (cf. Evangelii  
"nuntiandi, 30); pero siente también el deber correspondiente de  
"proclamar la liberación en su sentido integral, profundo, como lo  
"anunció y realizó Jesús (cf. ib., 31). «Liberación de todo lo que  
"oprime al hombre, pero que es, ante todo, salvación del pecado y  
"del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser cono-  
"cido por El» (ib., 9). Liberación hecha de reconciliación y perdón.  
"Liberación que arranca de la realidad de ser hijos de Dios, a quien  
"somos capaces de llamar Abba!, ¡Padre! (cf. Rom 8, 15), y por la  
"cual reconocemos en todo hombre a nuestro hermano, capaz de ser  
"transformado en su corazón por la misericordia de Dios. Liberación  
"que nos empuja, con la energía de la caridad, a la comunión, cuya  
"cumbre y plenitud encontramos en el Señor. Liberación como supe-  
"ración de las diversas servidumbres e ídolos que el hombre se forja  
"y como crecimiento del hombre nuevo.*

*»Liberación que dentro de la misión propia de la Iglesia no se  
"reduzca a la simple y estrecha dimensión económica, política, social  
"o cultural; que no se sacrifique a las exigencias de una estrategia  
"cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo (cf. Evangelii  
"nuntiandi, 33).*

*»Para salvaguardar la originalidad de la liberación cristiana y las  
"energías que es capaz de desplegar, es necesario, a toda costa, como  
"lo pedía el Papa Pablo VI, evitar reduccionismos y ambigüedades:*

«La Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de  
 liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser aca-  
 parado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos  
 políticos» (ib., 32). Hay muchos signos que ayudan a discernir  
 cuándo se trata de una liberación cristiana y cuándo, en cambio, se  
 nutre más bien de ideologías que le sustraen la coherencia con una  
 visión evangélica del hombre, de las cosas, de los acontecimientos  
 (cf. ib., 35). Son signos que derivan ya de los contenidos que anun-  
 cian o de las actitudes concretas que asumen los evangelizadores. Es  
 preciso observar, a nivel de contenidos, cuál es la fidelidad a la Pa-  
 labra de Dios, a la Tradición viva de la Iglesia, a su Magisterio. En  
 cuanto a las actitudes, hay que ponderar cuál es su sentido de comu-  
 nión con los obispos, en primer lugar, y con los demás sectores del  
 Pueblo de Dios; cuál es el aporte que se da a la construcción efectiva  
 de la comunidad, y cuál la forma de volcar con amor su solicitud  
 hacia los pobres, los enfermos, los desposeídos, los desamparados,  
 los agobiados, y cómo descubriendo en ellos la imagen de Jesús  
 «pobre y paciente se esfuerza en remediar sus necesidades y servir  
 en ellos a Cristo» (Lumen gentium, 8). No nos engañemos: los  
 fieles humildes y sencillos, como por instinto evangélico, captan es-  
 pontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo  
 se lo vacía y asfixia con otros intereses.

«Como veis, conserva toda su validez el conjunto de observaciones  
 que sobre el tema de la liberación ha hecho la Evangelii muntiandi.»

JUAN PABLO II: Alocución en la apertura de  
 las sesiones de la III Conferencia General del  
 Episcopado Latinoamericano en el seminario  
 palafoxiano de Puebla de los Angeles, L'Os-  
 servatore Romano. Edición semanal en lengua  
 española. Año XI, núm. 5 (527). Domingo 4  
 de febrero de 1979.

Sólo se libera al hombre con el Evangelio, que coloca en el  
 centro el amor y no el odio.

«Evangelizar quiere decir anunciar el Evangelio, y el Evangelio  
 se resume en la persona de Jesucristo; en lo que El ha dicho y hecho  
 o, mejor, en lo que significa El personalmente para nosotros como  
 liberación radical de toda forma de mal.»

«Queridos muchachos: Tarde o temprano, tendréis que pensar  
 también vosotros en cómo haceros útiles para mejorar la sociedad  
 humana y el mundo en que vivimos. Entonces pensaréis también en

*"lo que podrá ser más eficaz y mejor a este fin. Pues bien, recordad que sólo con el Evangelio de Jesucristo seréis capaces de liberar de verdad al hombre de toda esclavitud y darle la felicidad más honda. Pues, en efecto, el Evangelio coloca en el centro el amor y no el odio, la igualdad de todos y no la opresión ejercida por unos pocos, el diálogo de la paz y no el choque de la lucha, la persona humana y no una ideología abstracta, el impulso a la vida en todas sus manifestaciones y jamás la vejación de la vida.»*

JUAN PABLO II: Alocución en la audiencia general en la basílica de San Pedro, 14 de febrero de 1979, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año XI, núm. 7 (529). Domingo 18 de febrero de 1979.

**La Iglesia no necesita recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y celebrar en la liberación del hombre.**

*«Si la Iglesia se hace presente en la defensa o en la promoción del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aun siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de considerarle al hombre en la integridad de su ser. El Señor delineó en la parábola del buen samaritano el modelo de atención a todas las necesidades humanas (cf. Lc 10, 29 ss.), y declaró que en último término se identificará con los desheredados —enfermos, encarcelados, hambrientos, solitarios—, a quien se haya tendido la mano (cf. Mt 25, 31 ss.). La Iglesia ha aprendido en estas y otras páginas del Evangelio (cf. Mc 6, 35-44) que su misión evangelizadora tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre (cf. Documento final del Sínodo de los Obispos, octubre de 1971; L'Osservatore Romano, Edición en lengua española, 12 de diciembre de 1971, págs. 6-9), y que entre evangelización y promoción humana hay lazos muy fuertes de orden antropológico, teológico y de caridad (cf. Evangelii nuntiandi, 31); de manera que «la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interacción recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta personal y social del hombre» (ib., 29).*

*«Tengamos presente, por otra parte, que la acción de la Iglesia en terrenos como los de la promoción humana, del desarrollo, de la justicia, de los derechos de la persona, quiere estar siempre al servicio del hombre; y al hombre tal como ella lo ve en la visión cristiana de la antropología que adopta. Ella no necesita, pues, recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y colaborar en la libera-*

"ción del hombre: en el centro del mensaje del cual es depositaria y  
"pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fra-  
"ternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, es-  
"clavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad reli-  
"giosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida (cf.  
"Gaudium et spes, 26, 27 y 29).

»No es, pues, por oportunismo ni por afán de novedad que la  
"Iglesia, «experta en humanidad» (Pablo VI, discurso a la ONU, 5  
"de octubre de 1965), es defensora de los derechos humanos. Es por  
"un auténtico compromiso evangélico, el cual, como sucedió con  
"Cristo, es compromiso con los más necesitados.

»Fiel a este compromiso, la Iglesia quiere mantenerse libre frente  
"a los opuestos sistemas, para optar sólo por el hombre. Cualesquiera  
"sean las miserias o sufrimientos que afligen al hombre; no a través  
"de la violencia, de los juegos de poder, de los sistemas políticos,  
"sino por medio de la verdad sobre el hombre, camino hacia un fu-  
"turo mejor.»

JUAN PABLO II: Alocución en la apertura de  
las sesiones de la III Conferencia General del  
Episcopado Latinoamericano en el seminario  
palafoxiano de Puebla de los Angeles, L'Os-  
servatore Romano. Edición semanal en lengua  
española. Año XI, núm. 5 (527). Domingo 4  
de febrero de 1979.

**Las falsas relecturas del Evangelio que corren hoy, olvidando  
que para Jesús era una tentación lo que alterara su misión.**

«Corren hoy por muchas partes —el fenómeno no es nuevo— «re-  
"lecturas» del Evangelio, resultado de especulaciones teóricas más  
"bien de auténtica meditación de la Palabra de Dios y de un verda-  
"dero compromiso evangélico. Ellas causan confusión al apartarse de  
"los criterios centrales de la fe de la Iglesia y se cae en la temeridad  
"de comunicarlas, a manera de catequesis, a las comunidades cris-  
"tianas.

»En algunos casos, o se silencia la divinidad de Cristo, o se in-  
"corre, de hecho, en formas de interpretación reñidas con la fe de la  
"Iglesia. Cristo sería solamente un «profeta», un anunciador del reino  
"y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería,  
"por tanto, el centro y el objeto del mismo mensaje evangélico.

»En otros casos se pretende mostrar a Jesús como comprometido  
"políticamente, como un luchador contra la dominación romana y  
"contra los poderes, e, incluso, implicado en la lucha de clases. Esia

"concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia. Confundiendo el pretexto insidioso de los acusadores de Jesús con la actitud de Jesús mismo —bien diferente— se aduce como causa de su muerte el desenlace de un conflicto político, y se calla la voluntad de entrega del Señor y aun la conciencia de su misión redentora. Los Evangelios muestran claramente cómo para Jesús era una tentación lo que alterara su misión de Servidor de Yavé (cf. Mt 4, 8; Lc 4, 5). No acepta la posición de quienes mezclaban las cosas de Dios con actitudes meramente políticas (cf. Mt 22, 21; Mc 12, 17; Jn 18, 36). Rechaza inequívocamente el recurso a la violencia. Abre su mensaje de conversión a todos, sin excluir a los mismos publicano. La perspectiva de su misión es mucho más profunda. Consiste en la salvación integral por un amor transformante, pacificador, de perdón y reconciliación. No cabe duda, por otra parte, que todo esto es muy exigente para la actitud del cristiano que quiere servir de verdad a los hermanos más pequeños, a los pobres, a los necesitados, a los marginados; en una palabra, a todos los que reflejan en sus vidas el rostro doliente del Señor (cf. Lumen gentium, 8).

»Contra tales «relecturas», pues, y contra sus hipótesis, brillantes quizás, pero frágiles e inconsistentes, que de ellas derivan, «la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina» no puede cesar de afirmar la fe de la Iglesia: Jesucristo Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios (cf. Evangelii nuntiandi 19 y 27).»

JUAN PABLO II: Alocución en la apertura de las sesiones de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en el seminario palafoxiano de Puebla de los Angeles, L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española. Año XI, núm. 5 (527). Domingo 4 de febrero de 1979.

La evangelización y la liberación sustancial del hombre "Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos"; la Iglesia no puede romper con la tradición.

«Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (Heb 13, 8).

«La Iglesia, como Cuerpo de Cristo y fiel Esposa suya; la Iglesia, como Pueblo de Dios, no puede romper jamás con el pasado, con la tradición, pero tampoco puede contentarse con mirar sólo al pa-

"sado: la Iglesia («retrooculata: mirando atrás») debe ser al mismo  
"tiempo siempre la Iglesia que mira al futuro (Ecclesia «anteoculata:  
"Iglesia mirando adelante»). A este futuro, a los hombres que ya  
"existen y a los que vendrán, la Iglesia debe revelar siempre a Jesu-  
"cristo, misterio de salvación pleno y no mermado. Este misterio es  
"un misterio eterno en Dios, que quiere que todos los hombres se  
"salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El misterio que en el  
"tiempo ha venido a ser una Realidad Divino-Humana que se llama  
"Jesucristo.

»El es una realidad histórica y al mismo tiempo está sobre la his-  
"toria, «es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (Heb 13, 8).

»Es una realidad que no queda fuera del hombre; la razón de su  
"existir, ser y obrar en el hombre; construir la fuente y el fermento  
"de la vida nueva en cada hombre.

»Evangelizar significa actuar en esta dirección para que la fuente  
"y el fermento de vida nueva brillen en los hombres y en las genera-  
"ciones siempre nuevas.

»Evangelizar no quiere decir sólo hablar «de Cristo». Anunciar a  
"Cristo significa obrar de tal manera que el hombre —a quien se  
"dirige este anuncio— «crea», es decir, se vea a sí mismo en Cristo,  
"encuentre en El la dimensión adecuada de su propia vida; sencilla-  
"mente, que se encuentre a sí mismo en Cristo.

»El hombre que evangeliza, que anuncia a Cristo, es el ejecutor  
"de esta obra, pero, sobre todo, lo es el Espíritu Santo, el Espíritu de  
"Jesucristo. La Iglesia que evangeliza permanece sierva e instrumento  
"del Espíritu.

»El hecho de encontrarse a sí mismo en Cristo, que es precisa-  
"mente el fruto de la evangelización, viene a ser la liberación sustan-  
"cial del hombre. El servicio al Evangelio es servicio a la libertad  
"en el Espíritu. El hombre que se ha encontrado a sí mismo en Cristo  
"ha encontrado el camino de la consiguiente liberación de la propia  
"humanidad a través de la superación de sus limitaciones y debili-  
"dades; a través de la liberación de la propia situación de pecado  
"y de las múltiples estructuras de pecado que pesan sobre la vida de  
"la sociedad y de los individuos.

»Con no menor claridad debemos referirnos a esta verdad tan  
"fuertemente expresada por San Pablo, en la misión evangelizadora  
"en el continente americano y en todas partes.»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia  
general del miércoles 14 de febrero de 1979,  
L'Osservatore Romano. Edición semanal en len-  
gua española. Año XI, núm. 7 (529). Domingo  
18 de febrero de 1979.